

CAPÍTULO V

SITUACION POLÍTICA DE LA REPÚBLICA DE FLORENCIA

Para comprender la situación política de la República de Florencia, en fines del siglo décimoquinto, precisa subir á la revolución democrática iniciada en 1378, y cuyas incidencias llenan los últimos años del siglo décimo-cuarto. Inmediatamente que los siervos salen de su antigua esclavitud, y sacuden su pesada cadena, consiguen las últimas consecuencias de su emancipación, y piden los derechos innatos á su naturaleza, con esa lógica superior y esa inspiración milagrosa que poseen los pueblos meridionales. Una vez libres los ciudadanos florentinos, es decir, los más cultos entre todos los ciudadanos de Italia, reclaman la mejora de su estado social y la participación en el gobierno que creían corresponderles de derecho. Habíanse formado ya, en aquel territorio predilecto de la civilización moderna, las clases, tales como las pedía un estado de transición desde el antiguo régimen de la guerra al nuevo régimen del comercio y del trabajo. En la cima de la sociedad veíase una clase fuerte y poderosa, que presentaba como timbre su heráldica feudal medio borrada por la aparición de las comunidades; en el medio de la sociedad una clase de origen plebeyo y de riquezas recién allegadas, envidiosa del patriciado, á quien combatía hasta cierto límite, y temerosísima del pueblo, á quien azuzaba contra los nobles hasta cierto grado, inclinándose á un partido ó á otro partido según los vientos de la fortuna varia y los giros de los propios intereses; y abajo, un pueblo que, habiéndose medido con sus antiguos señores y encontrándose igual á ellos en naturaleza y á veces superior, recla-

maba todo lo debido á los trabajadores en una sociedad fundada exclusivamente sobre el trabajo.

Esta situación trajo uno de esos movimientos, que se repiten con tanta frecuencia en la historia, y que revelan la unidad y la identidad del humano espíritu, cuyas leyes se cumplen con la misma necesidad que las leyes del Universo. Mientras el pueblo fué débil, estuvo con el pueblo unida la clase media; y el representante de esta clase media destinada indudablemente á crecer y progresar en los choques y conflictos entre la aristocracia y el pueblo, fué aquel á cuyo nombre irá unida ya la suerte de Florencia, fué un Silvestre de Médicis, iniciador de la gloria y de la prepotencia de su casa, definitivamente arraigada por los vastísimos talentos de un Cosme de Médicis. El pueblo, en su combate, llevó la reivindicación hasta el exceso; y ardió Florencia, cual si hubiera caído en los infiernos de su gran poeta; y estos excesos trajeron una reacción y trabaron una alianza entre la clase media y la nobleza. A este mal de los procedimientos revolucionarios uniéndose el mal todavía mayor de los desengaños. Elevaron á la suprema autoridad á uno de los suyos, llamado Lando, el cual no pudo corresponder á las excesivas esperanzas populares ni conjurar el odio de las clases naturalmente contrarias al pueblo. Y en esta angustiosa situación, por su propia victoria vencido, de los suyos abandonado, sucedióle ¡ah! lo que suele sucederles á cuantos representan triunfos prematuros de la plebe, sucedióle que, debiendo combatir con los mismos á quienes representaba y defendía, la rota de estos equivalió por necesidad á su propia rota. Y de tales conflictos surgió lo que no podía menos de surgir, surgió que hundida la aristocracia feudal y guerrera por los levantamientos del pueblo; y vencido el pueblo por sus propios excesos; predominó la clase media, cuya exclusiva representación tenían los Médicis enriquecidos en el comercio y en la banca.

Empeñóse entonces un combate entre el bajo pueblo vencido y la clase media vencedora. Y conociendo esta con su profundo criterio político y con su experta habilidad práctica que no podía de ninguna manera desavenirse por completo del pueblo, cuyo concurso necesitaba para detener y contrastar á la aristocracia; transigió con el pueblo en cuestiones financieras, y sobre todo en la cuestión del impuesto. Allá por el año 27 del siglo décimocuarto,

la situación económica de Florencia parecía carecer, no ya de todo remedio, sino también de todo alivio. No podían pagar los pobres y no querían pagar los ricos. Y en tan doloroso trance, la ciudad se enflaquecía, como un cuerpo falto completamente de sangre. Uno de esos plebeyos, tan duchos en la economía como en la política, inventó el medio de llenar el tesoro, sin abrumar al pueblo, inventando lo que se llamaba el catastro, es decir, en términos comprensibles y modernos, el impuesto sobre la renta. Este impuesto repugnaba naturalmente á las clases medias ricas, no solo por lo que podía gravarlas en sus intereses, sino también por lo que podía someterlas política y socialmente al pueblo, vencedor en esta cuestión, trascendental, así para la distribución del poder como para la distribución de la riqueza. Gritaron los antiguos nobles y poderosos terratenientes; gritaron los banqueros depositarios de mucha riqueza móvil, también gravada por este nuevo sistema tributario; pero hubo un hombre de la alta banca y del gran comercio que alcanzó á comprender cómo, desertando los intereses de su clase, podía servir los intereses de su nombre y de su familia, é hizo prevalecer el impuesto democrático. De modo que, en dos supremas ocasiones, el nombre de los Médicis sirvió de escudo y de arma al pueblo. Es la primera ocasión aquella en que el pueblo reclama sus derechos políticos y un Silvestre de Médicis surge para satisfacer estas reclamaciones. Es la segunda ocasión, aquella, en que el pueblo reclama los impuestos democráticos, y Juan de Médicis surge á satisfacer también estas reclamaciones. ¿Puede ya extrañarse la fortuna de Cosme?

En verdad, pocos hombres ha habido en el mundo que más hayan hecho á favor de una democracia y de una República. Si sus degenerados descendientes, indignos de llevar su nombre, incapaces de comprender su política, impotentes para granjearse la corona espiritual que presta el mérito, forjaron una corona de oro y obtuvieron un título real, diríase que consumaron tal atentado á la libertad, á la República, á la democracia, tan solo para enaltecer en el humano agradecimiento y honrar en la memoria humana, el nombre de su ilustre predecesor. Pocos le aventajaron en liberalidad, ninguno en prudencia. Su mano generosa no se cerraba jamás á quien le pedía auxilio ni se cansaba de repartir beneficios. Pudiendo por su crédito en el pueblo llegar á la estirpe de los príncipes coronados, se contentó con la dignidad más alta y

más honrosa de ciudadano libre en República floreciente. Parece imposible que pudiera en un solo hombre sumarse, como en Cosme, el culto á lo ideal y el conocimiento de la realidad; el cálculo mercantil y la previsión política; los gustos aristocráticos y los gustos populares; la esplendidez y la modestia; el trato con las gentes del pueblo y el trato con los potentados de la tierra; las investigaciones científicas más abstrusas y los negocios mercantiles más prácticos; por todo lo cual, en el oleaje de la vida florentina, en la movilidad de las muchedumbres, en el conflicto de las facciones, pudo mantenerse treinta años á la cabeza del gobierno sin esfuerzo y sin desdoro.

Los últimos días de Cosme de Médicis fueron muy amargados por el presentimiento de que dejaba su influencia y su nombradía en manos de su hijo Pedro, bien poco apto para sostenerlas y aprovecharlas. Juan, otro de sus hijos, el predilecto de Cosme, por encontrarlo con mayor idoneidad para la política y para el gobierno, había muerto poco antes que su padre; y cuando recorría este los salones de su palacio tras la ausencia eterna de aquel pedazo de su corazón, decía siempre con tristeza: casa demasiado grande para familia tan chica. Fácil cosa turbar á un inexperto en tan alta empresa, como el doble gobierno de la República de Florencia y de la casa de los Médicis. Gastado por los placeres, enfermo de gota, poco activo en pensar y menos todavía en decidir, entregóse Pedro á los consejos de Neroni, privado de su difunto padre, y que tenía en subido precio la aptitud de este y estimaba en cuanto se merecía la ineptitud de aquel. Y á fin de perderle y arruinarle, aconsejóle, pintando con vivos colores el desorden horrible en que dejara el padre de la patria la herencia de su hijo, el cobro apremiante de todas las cantidades adeudadas á su casa, pérfido consejo, que aceptado y puesto en práctica, atrajo sobre Pedro la enemistad universal de sus conciudadanos, casi todos deudores á su caja. Siguióse á esta desgraciada idea la bancarota de innumerables mercaderes y á la bancarota de innumerables mercaderes el disgusto universal de la pública opinión, que cada día echaba de menos con mayor razón la paternal autoridad de Cosme.

Pedro creyó divertir la atención de estos desaguisados dando fiestas al pueblo, que ora veía con gusto las representaciones dramáticas en que se presentaba á la escena la ida de los tres reyes magos á Belén, ora las fiestas mi-

litares en que se corría la sortija como en la Vega granadina, ó se celebraban torneos como los celebrados á la vista de Jerusalem allá en los tiempos épicos de la segunda cruzada. Dos clases de enemigos, bien poderosos por cierto, tenia Pedro de Médicis, además de su pérfido consejero Neroni: el potentado Pitti movido por amor al poder y al lucro y el patriota Soderini movido por amor á la libertad y á la República. Todos estaban mas acordes en sus odios que en los medios de desahogarlos y de satisfacerlos. Querian los unos hacerle una guerra mercantil que le quitase la honra y querian los otros hacerle una guerra material que le quitase la vida. Cierta traidor, de esos que abundan en las conjuraciones, le reveló el número de los conjurados, y tuvo que alarmarse al ver la calidad de casi todos y la ligereza con que varios se habian alistado, así en el número de sus amigos, como en el número de sus enemigos, á un mismo tiempo. Afortunadamente para él, llegó la magistratura del popular Soderini á quien coronaron sus conciudadanos de oliva en señal de confianza y á quien volvieron la espalda en cuanto notaron la largueza de sus palabras y la escasez de sus obras. Este desengaño y la inhabilidad de Lucas Pitti, otro de los émulos de Pedro, devolviéronle su influencia y granjeáronle en el concepto público una opinion mayor y un concepto mas valioso que los antes alcanzados en su procelosa vida pública. Sus enemigos fueron desterrados, y á causa de este destierro, reunidos en Venecia, concitáronle con la rabia propia de la derrota el implacable odio de los venecianos. Esto daba ocasion á los partidarios de Pedro para ensañarse en los pocos representantes de las familias vencidas que aun quedaban en Florencia; y tal ensañamiento daba ocasion á Pedro para reconvenirles duramente y mostrarles que si el poder se alcanza por la audacia se conserva por la sensatez y por la prudencia. Hubiera Pedro restañado tantas heridas de permitírsele sus enfermedades, que le tenian clavado en la cama y paralítico hasta el extremo de no poder usar sino de la voz y de la palabra, última facultad, viva en él, que al fin y al cabo le extinguió tambien la asoladora muerte, dejando la herencia política que entonces dejaban los Médicis, su influencia personalísima, la cual equivalia á un gran poder, vinculada en sus dos hijos, Lorenzo y Julian de Médicis.

Al morir Pedro sobrevínole á su familia una de las mayores desgracias

que podian sobrevenirle, el nombramiento de Sixto IV, su enemigo implacable. Esta enemiga dividió á Italia en dos grandes huestes contrarias, compuesta la una del Papa y el Rey de Nápoles, compuesta la otra de Florencia y Venecia. El furor nepotista de Sixto llevóle á empeñarse y comprometerse en una de las mayores y mas tremendas conjuraciones que recuerda la historia. Así como los Albrizzis representan el odio á Cosme de Médicis, los Pittis el odio á Pedro de Médicis, los Pazzis representan á su vez el odio á Lorenzo y á Julian de Médicis. Bastaba este odio para que el Papa los protegiera y amparara, Lorenzo y Julian los persiguieran y acosaran. Así Francisco Pazzi, desterrado casi en Roma por causa de estas persecuciones, concibió el proyecto de vengarse, matando á los Médicis. Lo primero que hizo Francisco Pazzi fué allegarse la amistad de Salviati, arzobispo de Pisa; y lo primero que hizo Salviati, fué aconsejar á Francisco que completase su partido y su conjura con la amistad y los auxilios de Jacobo Pazzi. Congregados ya los tres, comunicaron su plan á Monteseo, jefe de los condotieros pontificios, y que á pesar de conocer todas las dificultades de la empresa, aceptóla por razon de su oficio y por no desmentir su antiguo y probadísimo valor, en virtud de todo lo cual, con fútiles pretextos, pasó á Florencia, despues de haber hablado con el Papa, para concertarse con los enemigos de los Médicis y estudiar la persona, la casa, la ciudad de las víctimas destinadas al próximo sacrificio.

Despues de muchas vacilaciones, resolvieron matar á los dos hermanos y matarlos juntos. A este fin trajeron de Bolonia á uno de los sobrinos mas amados del Papa, al cardenal Rafael Riario, é invitaron á los dos Médicis á un banquete, con ánimo de inmolarlos juntos. Mas, habiendo sabido que no asistiria Julian, aplazaron el proyecto para otra ocasion mas favorable, en que pudieran concluir y rematar de un golpe y de una vez á los dos señores de Florencia. No encontraron sitio en que poderlos alcanzar reunidos, no encontraron ninguno, sino la Iglesia Catedral de Santa María de las Flores. Perpetrar un crimen era ya mucho, perpetrarlo en lugar sagrado mucho mas. Así los dos asesinos, destinados en un principio á la inmolacion de los Médicis, el condotiero pontificio y Francisco Pazzi se negaron á consumarla por respeto á la santa Iglesia y á sus católicos altares. Maquiavelo, que narra todos estos